



LA BESTIA

El acero destelló en su mano, y cortó el aire con un silbido, la brisa de la muerte acariciaba su filo, y el destino cayó sobre la víctima. Notó algo frío hundiéndose en su cuello, y un cálido líquido resbalando por su espalda; entonces, notó que se desprendía la cabeza de sus hombros, y todo se volvió negro.

El verdugo alzó la cabeza, y miró la interminable cola que esperaba ser degollada, despellejada o decapitada, y suspiró de resignación pensando “la voluntad de los Dioses debe ser cumplida”.

Un hombre alto y huesudo subió al negro altar de muerte donde le esperaba su verdugo, tenía el pelo gris, y le caía lacio en la frente, casi tapando unos ojos del color del acero mismo. Acusado de libertinaje, brujería e infidelidad a los Dioses, este se acercó con valentía hacia el asesino.

En un callejón, a unos doscientos metros del pabellón de ejecuciones, el misterioso desconocido lo empujó contra la pared y desenvainó su espada.

Era una espada extraña, hipnotizante, de un color plateado, no era como los demás aceros, era blanquecina, casi pura; cuando la mirabas, enloquecías, daban ganas de echar a correr, y la alzó sobre su cabeza.